

**Jorge Jobet**

## Reflexiones

### I

#### LA PRIMERA NIEBLA



**E**MPIEZO a escribir estas páginas de un hombre opaco, a las siete de la tarde. Es sábado. Un día gris, monótono, pesado. La primera niebla del invierno se está dejando caer sobre la ciudad, con sus lentos pies húmedos. Parece un extraño e inmenso molusco descansando en los islotes de las casas. Invade las calles rectas y parejas, impersonales, y penetra en todos los resquicios, aun en los más ínfimos y humildes, desalojando a la escasa luz que un sol calenturiento esparció tímidamente alrededor de las cosas.

La niebla de este día tiene un sabor a tristeza, a tinaja abandonada, a estanque musgoso. Apaga las chispas del espíritu como reventones mágicos, y destila gotas de cansancio y pesadumbre en el ánimo del hombre. Este se agazapa detrás de sus pensamientos habituales y se da a la tarea de destejer su malla cotidiana y ordenar las hebras que fijarán su nueva aventura mental.

En silencio, con pudor de animal civilizado que ha perdido el instinto, el hombre se aleja de sus hábitos y sus actos para sumergirse en la especie y flotar por sí mismo como una ola. La niebla

lo desintegra despiadadamente y lo invita a detenerse un instante en la jornada y a analizar el sentido de su soledad. Deja de ser un simple sujeto sociable, amanerado, falso e inconsciente, y busca la compañía de sus propias ideas. La niebla, con su poder ancestral de obligar a la síntesis y la concentración, tiene la virtud de inquietar al hombre y llevarlo por un sendero de insólita reflexión. Me atrevo a creer que toda gran cultura no puede desentenderse de la niebla; mejor dicho, la niebla es una condición esencial para crear una cultura profunda. El exceso de luz, la claridad permanente, sacrifican el contenido en aras del continente. Rodean de hermosura, gracia y delicadeza la obra realizada; adornan el pensamiento, aligeran el fondo, refinan las formas, dejando de lado la realidad honda y desnuda de la naturaleza y existencia del ser. La luz es sólo una parte del fenómeno vital de la creación; la menos robusta, la más agradable; pero, la menos importante para comprender el espíritu. Porque la luz no hace pensar, sino actuar; impulsa al sujeto a manifestarse externamente, con acomodo y gracia, alejándolo de ese mundo complejo y multiforme que aflora en las grandes crisis, en los intervalos de aislamiento y dolor, y cuya persistencia en el espacio y el tiempo es patrimonio de los santos, de los ascetas, de los profetas y los héroes; en una palabra, de los creadores de vida y belleza.

Llega la niebla en el momento más ansiado, cuando el alma quiere estar sola consigo misma. La fecunda entonces con lentitud y seguridad, ayudando al despertar de los fantasmas históricos. Comienzan a moverse perezosamente las ideas; las emociones principian a sacudir al organismo y a revestirlo de una dulzura inefable. Poco a poco, a medida que la mente se libera de los grillos de la cultura y el sujeto queda contemplándose a sí mismo como frente a un espejo, se siente la propia pequeñez y el sentido limitado que domina a nuestras vidas. El panorama espiritual se amplifica y la conciencia se lanza valientemente hacia lo olvidado.

Ya está aquí la niebla, dentro de nosotros, ciñéndonos con sus cinturones blandos, palpándonos con sus manos universales, tocán-

donos su música divina. Está en nosotros como el canto en la garganta. El hombre se acomoda a las exigencias de su ritmo ascendente y se sumerge en las aguas espesas de su genio.

## I I

## LUCIDEZ EN LA NIEBLA

Persiste la niebla. Es más compacta y fría que antes. El sol se escurrió detrás de las montañas. Los focos amarillentos horadan el muro viscoso, contentándose con proyectar su luz en torno suyo. No abundan las mariposas nocturnas que traten de iluminar sus tinieblas. Las lámparas están más solas que nunca. Su claridad se derrumba a sus pies decapitada.

Los viejos árboles, casi huérfanos de follaje, muestran sus brazos retorcidos y pétreos, sus espinazos de esqueletos bien conservados, su corteza que es puro espíritu. La luz, sin embargo, no alcanza a definir su asombro amurrado. Hay que acercarse a inquirir en su piel estirada y áspera, surcada por filas interminables de hormigas laboriosas, por gusanos de vientre de algodón, por frágiles patas de orugas y sanjuanitos, para experimentar el agradable deslumbramiento que significa constatar su presencia.

Emergen sorpresivamente de la niebla, estáticos y meditabundos, sin el más leve signo de vida. Con la huída de la mayor parte de sus hojas se terminaron sus ensayos orquestales. Ya no desgranaban el quejido lastimero de sus violines, cuando los látigos del viento primaveral azotan alegremente sus vestidos de esmeralda. Tampoco anidan en sus copas los jolgorios risueños de los gorriones y demás pájaros que habitaban sus recintos naturales. Están secos, huraños y tiesos, esperando que el semen sonoro de las lluvias fecunde su esterilidad momentánea y los cubra otra vez de abundantes brotes bullangueros. Se podría decir que estos árboles son la niebla solidificada, el vegetal hecho piedra por la máquina del tiempo.

Me gustan los árboles desolados, *in puris naturalibus*, porque han culminado en su evolución periódica hasta llegar a los límites del ascetismo. Es cierto que envejecen, que se van acercando a su sepultura mineral. Pero representan para mí el triunfo sobre las formas, sobre lo accidental y movedizo. Tales como aparecen a la vista —ceñudos, sobrios, racionales y desolados— sin gestos inútiles ni modos que den lástima, reflejan la fidelidad más absoluta a su condición de ser vivo que logra alcanzar la expresión madura de sus caracteres y la conciencia plena de su misión trascendental.

Cuando yo era pequeño, al cruzar los campos del sur donde las lenguas del fuego lamían frecuentemente los ricos bosques cargados de aromas y ruidos misteriosos, arrollando sin misericordia todo lo que hallaban a su paso, me quedaba contemplando los altos árboles carbonizados, mudos testigos de la derrota de sus compañeros menores: las tiasas quilas de hojas afiladas y brillantes; los bultos fragantes de azucarados frutos; uno que otro arrayán de piernas de salmón; los delicados avellanos de coloreados y apetitosos cascabeles; el liviano maqui de bayas negras resplandecientes; las enredaderas aéreas pegándose a la cintura de cualquier tronco vigoroso; los tímidos copihues de hermosas flores rojas y blancas, siempre frescos bajo el alero protector de las elevadas y tupidas cabezas de los centinelas de la selva. Desaparecían también el pasto y las hierbas. La tierra se endurecía y resquebrajaba. Infinitas grietas hacían del suelo, inapto para las siembras, un verdadero mapa desvencijado. Solamente los robles atrevidos, los venenosos litres, los alerces y raulíes señorones se mezclaban en amistad cordial, negándose a rendirse a estas hordas flamígeras. No obstante la pérdida de sus ramas, hojas y frutos, sus troncos resistían enhiestos el triturador ataque de las llamas que, insolentadas por la destrucción, seguían su roja carrera hacia el oeste, empujadas por los potentes vientos cordilleranos, dejando atrás la columna vertebral de un ejército invencible y estoico, achicharrado y cubierto de ceniza, con sólo algunas brasas continuando en su labor devastadora.

Yo observaba con angustia tanta ruina. Me olvidaba de la ca-

za y de la búsqueda de frutos silvestres. Permanecía largas horas admirando a estos combatientes anónimos tan aporreados por el fuego. No sé por qué me recorría una sensación de fuerza y seguridad mientras anudaba mis ojos en sus cuerpos calcinados. Me parecían seres dotados de vida, rebeldes y dueños de su destino, a quienes no podría vencer ninguna desgracia ni doblegar ningún poder diabólico. Con el tronco pelado o con muñones retorcidos interrogaban soberbios al espacio. Ensartaban con fiereza el azul espumoso del cielo, y muchas nubes descarriadas quedaban prendidas de alguna rama audaz que había conseguido mantenerse incólume en medio de la tragedia.

A medida que el dorado carro del sol se alejaba presuroso con sus sudados corceles en dirección al poniente, descendía sobre los campos una tenue niebla bondadosa que acariciaba a los moribundos y embalsamaba cristianamente sus heridas. Ni un sollozo interrumpía el oído del silencio. Los peces del río se habían dormido en sus envolturas de plata, y las ondas parlanchinas se habían recogido en un prolongado bostezo líquido.

La niebla se espesaba en un círculo macizo, rebotando en las cosas en un torbellino de vapor ligero. El paisaje se esfumaba como por encanto. Mi mente se poblaba de genios extraordinarios que me acompañaban en mis correrías errabundas. Estaba acostumbrado a la soledad y me había familiarizado con los accidentes imprevistos del terreno. Aprendí a conversar con las sombras y a escuchar sus soliloquios. Todo lo hermanaba y confundía la niebla. Mi pensamiento se clarificaba hasta la diafanidad; se enriquecía con nuevas formas de cultura y con valiosos hallazgos de interpretación de la realidad.

La niebla hace que el hombre tenga una noción más exacta de su valor y de su responsabilidad moral. Mis momentos de mayor lucidez los he tenido en el corazón de la niebla.

## III

## SABIDURIA DE LA NIEBLA

El nacimiento y la muerte del hombre están señalados por la niebla. El ser se agita en una atmósfera confusa dentro del vientre materno. También se aniquila en la oscuridad cuando va a descansar a la gran bóveda rubricada por los cipreses. Sus etapas más angustiosas —la vida y la muerte— se desenvuelven tristemente en un ámbito sagrado donde reina la noche perpetua. No es una mera coincidencia, pues, que las almas se maravillen en presencia de la niebla.

Su tradición nebulosa impulsa al hombre a descubrirse ante este juez implacable que lo une al pasado. Y la muerte no es más que un retorno tardío a su fuente de origen.

La niebla hace a la noche como la luz hace a las cosas. Está enclavada en su red y acentúa su carácter por medio de la fijación de millones de partículas pegajosas en la tela elástica de las sombras. Ignorarla sería como engañarnos a nosotros mismos. Y el hombre, por mucho que labore fuera de su sinceridad, no ha arribado todavía al estadio del animal mal agradecido. Reconoce la eficacia espiritual de sus heroicas soledades y se siente reconfortado por la cercanía de esta amiga temporal que se sucede regularmente con la gestación y agonía de las estaciones.

No estamos solos en el mundo. A cada uno nos llega el período de la reflexión, tan necesaria para comprenderse y estimarse. Si el hombre pensara algunos minutos durante todos los días, la humanidad no sería tan desgraciada. ¡El pensar nos lleva a mundos distantes y nos libera de nuestra materia. Por eso, clavado en el pecho de la niebla, el hombre se aliviana de sus quehaceres terrestres y se lanza al infinito como un nuevo meteorito. No hay lazos que lo aten a sus intereses minúsculos. Se hace quintaesencia de idea.

Un país sin niebla no pueda dar origen a grandes hombres. Menos aún podrá crear una cultura universal. Esta ha de estimarse como una nebulosa prolongándose en la claridad del espíritu.

La universalidad, sin embargo, no debe ser un concepto que parta de una noción general del mundo, sino del análisis exhaustivo de lo singular. Cuando exigimos a nuestro espíritu su máxima responsabilidad y rendimiento, nos enfrentamos automáticamente con la realidad del mundo, con su idealidad múltiple y eterna. Ser universal no consiste en despreocuparse de sí mismo, abandonándose a las fuerzas ciegas de una comprensión intemporal, antihistórica; por el contrario, significa tomar conciencia del valor para ensayar, a través de la experiencia, una interpretación total que se ajuste a las exigencias de la sabiduría.

El ansia de universalidad se dará siempre que haya misterio. Lo desconocido es el motor de la ciencia, la filosofía, la religión y el arte. ¿No es acaso la muerte el problema fundamental del ser? El tiempo es su consecuencia. Existe desde el momento en que las cosas y los seres perecen. El no ser —pensado desde dentro hacia afuera— justifica y aclara la presencia del ser. Y si lo pensamos desde el exterior de nuestros vértices angustiados, tendremos que concluir que nuestro espíritu fluye como una permanente corriente de inquietud trascendental.

Nada podrá satisfacer al hombre. Las nuevas conquistas de su felicidad serán otros tantos puntos de partida que traerán aparejados otros modos de acción y otros conceptos sobre su destino. No les cabe a los mortales la solución de sus aflicciones. Todo interrogar, toda confrontación con la realidad, están rompiendo las abstractas armonías de un vivir feliz. La muerte y el tiempo, el ser perecedero y el ser eterno —aspiración necesaria esta última para crear el ideal y la belleza—, estarán en lucha franca desde el instante en que la historia, expresión fatal de la acción concreta del hombre, es la búsqueda y realización de los ideales de los pueblos. Búsquedas y realizaciones limitadas, objetivas, de cuyas satisfaccio-

nes emergen nuevos planteamientos y líneas de conducta. La historia, como el hombre, es búsqueda, aspiración, combate.

¿Dónde está la claridad de las cosas, la luz que debe alumbrar nuestro camino de tinieblas? En medio de la niebla, en la reflexión silenciosa, en el grito desesperado de la soledad donde el hombre conversa con su alma y empieza a desnudarse pudorosamente. Las sórdidas batallas le impiden asombrarse, ahondar en sus ideas. Porque la acción lo condena a las afirmaciones mecánicas e insubstanciales y a la fácil aceptación de peligrosas verdades halagadoras. En su espíritu irrumpe de súbito la niebla, y ahí lo tenemos lleno de pavor y majestad. Derrotado en su mediocridad, pero humanizado por su oportuno desgarramiento.

Que la niebla invada nuestro corazón y nos evite la estéril siembra de la hipocresía.

## I V

### EL HOMBRE FELIZ

Si observamos a nuestro alrededor cómo se conducen las personas, especialmente las que están destinadas a representar un papel importante en la cultura, nos sorprendemos en realidad del escaso conocimiento que de sí poseen. Su estructura mental se ha desplazado por costumbres en torno de la luz, sin tener ojos para asomarse al borde de la sombra soslayando los abismos. Existe un miedo terrible al infinito. Se rehuyen los problemas a causa de que se teme quedarse sin horizontes, concluyendo por refugiarse en los linderos de la personalidad. Ser personal significa singularizarse, acallar la voz total del espíritu para contentarse sólo con unas pocas verdades monocordes. La luz, como método simbólico de aprehensión de lo real, ha empequeñecido sistemáticamente al hombre, impidiéndole expresarse con gozo y plenitud. El desarrollo de su razón se ha quedado a mitad de camino, satisfecha de haber cumpli-

do con su deber elemental de cortesía para con la especie. El pensar poco, o no pensar, ayuda a la felicidad de los equilibrados. La humanidad, por desgracia, se ha preocupado fundamentalmente de la felicidad y no del destino de este pobre ser que denominamos hombre.

Sin duda que es más placentero y cómodo resignarse a ser feliz, a sentirse satisfecho. El bienaventurado encuentra una razón de existencia en su estatismo espiritual. Le basta con él en su deambular sin peligro por el mundo. ¿Qué cosa más natural que buscar el equilibrio, la ecuación salvadora entre los elementos contrarios? Así como para el verdadero creyente Dios no es un problema sino una solución, así también lo es la vida para el feliz no religioso.

Aunque el hombre religioso lucha en el plano de las ideas, y el hombre feliz no religioso se mueve en la esfera de los acontecimientos diarios, ambos, sin embargo, se confunden en última instancia debido a que son seres ya solucionados.

Podemos afirmar *a priori* que los individuos felices tratan de alejarse del yo cognoscitivo. Mientras menos esfuerzo se gaste en la comprensión de los distintos fenómenos, más posibilidades hay de ser feliz. La cultura, adquirida en su mayor parte por las vías de la herencia, le resuelve de prestado al hombre mediocre su felicidad. Nadie va a preocuparse indudablemente de tratar de revisar los valores culturales recibidos. Se los acepta o se los rechaza de plano, según que la experiencia vaya comprobando paso a paso la veracidad de sus informaciones, inquietud ésta que con rareza sacude la maraña mental del satisfecho. Es más conveniente y menos expuesto quedarse con determinadas fórmulas de vida que le muestren a uno un escenario mil veces recorrido. La inteligencia está en saberse adaptar a él y volver a recorrerlo automáticamente. El hombre feliz así lo comprende. Está deslumbrado por los fuegos fatuos de los buscadores de pensamientos. Termina por tranquilizarse como los justos y por alejarse a grandes zancadas de la arena del combate ideológico.

El hombre feliz, de espíritu redondo, no tocado por la vari-

lla mágica de la pasión creadora o del gusto por el descubrimiento, se comporta como un ser luminoso, esto es, como un ente epidérmico. Repite los conceptos que en un instante dado son patrimonio común del medio histórico y se regocija ante sus iguales aprovechándose del trabajo de los otros. Vive de sus apariencias, las cuales, a veces, quiere con audacia transformar en esencias. Ahí está el peligro.

Malamente podrá tener el hombre feliz, el lumínico empedernido, una visión cabal de la angustia. Solamente el hombre con inquietudes filosóficas, únicos distintivos del animal racional, está capacitado para hablar en nombre de la vida. El otro, el que no ha atisbado más allá de la periferia de sus enredadas intuiciones culturales, está de antemano descalificado por su miopía vegetativa. La luz le ha servido apenas para alumbrarle su ceguera.

